

«EL CANTOR VAGABUNDO», de Pío Baroja

Don Pío Baroja, gran admirador de Paul Verlaine, inicia con «Saturnales» una nueva trilogía. La primera de las tres novelas lleva como título «El Cantor Vagabundo» y tiene como escenario el comienzo de la guerra civil española, observada en algunos pueblos andaluces.

Del propio novelista supimos, en Madrid, que tenía escritas tres novelas sobre la última catástrofe española. La segunda de éstas describiría el acontecer revolucionario en Madrid, y la tercera y última estaba dedicada a lo que don Pío llama el *residuo*: la vida de los exilados en París.

El gran novelista vasco aplica, una vez más, en «El Cantor Vagabundo» su teoría novelesca de los personajes.

«Yo, como los demás escritores, en mis novelas casi siempre invento el tipo principal y copio de la realidad los secundarios» (1).

En ésta como en las mejores novelas de Baroja, interesan los personajes secundarios; la riqueza ilimitada de personajes secundarios.

En Baroja hay una evidente adversión al Héroe, con mayúscula y hasta con minúscula.

En las novelas de don Pío ocurre, muchas veces, que él se mete bajo la capa del héroe inventado, pero no logra engañarse y termina evitando la exaltación del primer personaje del suceder novelesco. Es muy

---

(1) Pío Baroja: «Páginas escogidas». Biblioteca Calleja. Imprenta Fortanet. Madrid, 1917.

inteligente don Pío para no darse cuenta de lo difícil que resulta interesar, profundamente, con el retrato moral de un hombre bueno, abúlico, irresoluto y sentimental. Los personajes de Baroja van dando tumbos por falta de resolución. Es la aventura por falta de voluntad.

El héroe barojiano es, también, un personaje secundario enfocado con mayor continuidad y simpatía. En cambio, qué riqueza, qué visión inteligente y comprensiva del semihéroe; del hombre que pasa arrastrando, obscuramente, su destino incierto.

De «El Cantor Vagabundo» el mejor Baroja está, sin duda, en las cien primeras páginas, en las que nos relata la vida y las aventuras de un grupo de charlatanes, saludadores y poetas populares que recorren, ocasionalmente, el sur de España.

En los retratos de «El loco de los papeles», de «El Alumbrado» y, sobre todo, de Doroteo Negrete, «El Cornejo», se mantienen las calidades literarias del extraordinario aguafuertista que es don Pío Baroja.

En Doroteo Negrete, «El Cornejo», nos pinta a ese subproducto de todas las catástrofes nacionales. Doroteo es audaz, resentido, ignorante, cruel, cobarde y traidor. Representa el peor virus revolucionario, lo que hay de pura delincuencia en toda revolución.

«El loco de los papeles» es el verdadero héroe barojiano de la novela. Su verdadero nombre es Luis Carvajal Evans. No escasean en las novelas de Pío Baroja y Nessi los héroes con uno o dos apellidos extranjeros.

En don Luis Carvajal sueña el autor una vida—tal vez la propia vida a que aspiró—agradable, rica y aventurera hasta las proximidades de la vejez.

Don Luis Carvajal y Evans, hijo de banquero, leja-

no pariente de la Emperatriz Eugenia, estudia en Madrid y allí se hace ateneísta y teósofo, espiritista y poeta. Don Luis, rico y apuesto, solicitado por las mujeres, va a Nájera con su amigo Carlos Villegas y termina haciéndose novio de la hermana de éste. Los amores se complican y Carvajal se ve obligado a huir a Francia. En París, don Luis se aficiona a Verlaine, la vieja afición barojiana. Carvajal repite la pregunta que tantas veces debe haber hecho el propio don Pío:

—¿Y ustedes no conocían a Paul Verlaine?

«En algunas calles inmediatas al jardín del Luxemburgo, sobre todo en la de Monsieur Le Prince, entonces llena de cafetuchos y de cabarets, se veía en los escaparates cartas lamentables del poeta, en las que pedía dinero a sus conocidos, cartas que se vendían a tres y cuatro francos a los coleccionistas» (pág. 179).

Carvajal goza de todas las facilidades que fueron negadas a su autor. De él se enamoran, con facilidad, mujeres ricas y elegantes.

«Al andaluz le pasaban cosas de aquellas que muchos jóvenes soñaban, pero que en general la realidad no suele ofrecerlas, y cuando las ofrece no son tan sugestivas como se piensan. A Luis le llegaban como servidas en bandeja. Era hombre que para algunos había nacido de pie» (pág. 186).

Carvajal no ama a sus damas. Lo domina el hastío y un impulso irrefrenable a la errabundez. El joven Carvajal dedica más tiempo a la Sociedad de los Saturnianos. Frecuenta a un helenista inglés, a un pintor sueco, a un músico alemán, y a un viejo profesor de origen judío.

Todos estos personajes saturnianos resultan un poco de relleno, de quita y pon, y Baroja los despacha a razón de media página por nombre.

Carvajal se ve mezclado en un incidente grave y termina batiéndose a duelo—sin mucha convicción—por Clemencia, su dama. En la convalecencia se da cuenta de toda la estupidez de su enamorada y huye a Londres.

Los cambios de escenario estimulan el arte narrativo de Baroja. No hay novelista como él para animar capítulos como «Paseos por la ciudad» o «Tipos sospechosos».

Su visión pintoresca de Londres, tan celebrada por algunos críticos ingleses en «La Ciudad de la Niebla», se renueva con las andanzas que Baroja impone a don Luis Carvajal. Este decide romper, definitivamente, con la sociedad a que pertenece y dando rienda suelta a sus impulsos se hace músico ambulante y tocador de guitarra en los cafés.

Acción, acción y desplazamientos, Baroja va empujando a don Luis y lo lleva a Marsella, al Africa francesa y después a las Américas.

Carvajal, como «Elizabide, el vagabundo», su hermano mayor en la creación barojiana de tipos aventureros, siente, ya viejo, la nostalgia de España.

Vuelto a su tierra, el aristocrático vagabundo cobra la herencia de su madre y se hace librero de viejo, que es otra forma del vagabundismo por los terrenos de la fantasía comercial.

Don Luis vende novelas de caballería y libros de magia. Cuando se aburre del mostrador sale por los pueblos a repartir literatura de cordel: aleluyas e historias de crímenes y bandidos.

Es en esta etapa de su vida que lo sorprende la aventura nacional revolucionaria.

El final de tanta actividad personal y colectiva es triste y pesimista. En el tráfago de la acción el hombre puede olvidar las fealdades de la vida. Esta muestra, con la vejez, su peor cara, y con la muerte al lado.

Don Luis, ya viejo, se enamora de una mujer hermosa y buena, estropeada por la mala suerte. Carnaval, destruído y cansado, termina suicidándose en el mar.

Baroja con su vieja, objetada y original manera novelesca, consigue darnos—sin recurrir a fórmulas existencialistas—una visión terrible y exacta de la crisis espiritual de la España contemporánea.—JUAN URIBE ECHEVARRÍA.



«CUMBOTO», novela por RAMÓN DÍAZ SÁNCHEZ, Editorial Nova, Buenos Aires, 1948

«Mene» la primera novela de Díaz Sánchez, es una dinámica visión de la vida de los criollos y norteamericanos en la zona petrolera de Zulia, en la costa venezolana.

Se advierte ya en «Mene» la maestría del novelista, dueño de su técnica y de su expresión literaria.

Su conocimiento del paisaje, del hombre y de su lenguaje es exhaustivo.

Como afirma Mauriac, Díaz Sánchez sabe del pasado, del presente y del porvenir de sus héroes.

Tienen sí, preponderante relieve, los negros y mulatos de esta costa tropical de Venezuela, a la mar-